

mente, no era la mas cómoda; sin embargo, sali de ella muy bien, gracias al punto de apoyo que me habia proporcionado; y á pocos instantes me hallaba ya en el interior del santo.

Mi primer cuidado fué buscar por todos lados, á la luz que venia de lo alto, la prometida escalera; pero entonces fué cuando comprendí el lazo en que me habia hecho caer: el solo y único medio de ascension que habia era una especie de escala formada por una multitud de barras de hierro, atravesadas como los palos de una janla, y destinadas á sostener aquella enorme masa. Mi aturdimiento me hizo soltar la presa; apenas hube cometido aquella imprudencia, cuando mi sacristan saltó sobre el primer travesaño, y trepó de barra en barra como una ardilla por las ramas de un árbol. Entonces me dió rabia por haber sido de tal manera burlado por una especie de rata de iglesia, de modo que olvidé mareos y vértigos, y me puse á perseguirle con menos destreza pero con mas fuerza; ya iba á alcanzarle cuando desapareció segunda vez en una especie de caverna, que abria sobre nuestro camino una sombría boca de veinte pies de elevacion y cinco ó seis de latitud. Como no sabia yo á donde iba á parar, me paré y me puse á caballo sobre mi barra de hierro, para guardar la entrada, resuelto á atraparle á su salida y á no soltarle mas.

A fuerza de mirar en aquel abismo, mis ojos se acostumbraron á la oscuridad. Entonces dijisé á mi guia, á quien no sabia ya que nombre dar, pues tentado estaba de creerle alguno de aquellos seres fantásticos, de que nos habla Hoffmann, paseándose tranquilamente por una especie de corredor en cuesta, y haciéndose aire voluptuosamente con su pañuelo. Desde que vió que yo le habia descubierto:

—¿Y bien? me dijo: ¿no venis á descansar un instante? estamos á la mitad del camino.

A la vez me ofrecia una cosa buena y me daba una noticia escelente, así sentí mi cólera desvanecerse para dar lugar á la curiosidad. Nuestro viage, fuera de las dificultades, que comenzaban á parecerme menos insuperables, tenia cierta originalidad. Adopté pues el partido de considerarle bajo el punto de vista instructivo y pintoresco, y en su consecuencia me agarré á la barra que estaba encima de mi, puse el pie izquierdo en la que me servia de caballo y salté con el pie derecho al hoyo, en que me aguardaba mi compañero de gimnástica.

—¿Dónde diablos estamos? le dije despues de haber tratado en vano de darme cuenta de las localidades.

—¿Dónde estamos?

—Si.

—Estamos en el libro de San Carlos.

—¡Toma! ¡toma! ¡toma!

En efecto, aquel misal que desde abajo me

habia parecido un tomo en folio regular, tenia veinte pies de altura, diez de longitud y cinco de ancho.

Descansé un instante apoyado contra su encuadernacion de bronce, despues arrastrado por la curiosidad pedi el primero á mi guia continuar el viage.

Como he dicho, comenzaba á hacerme á las dificultades del camino, y así es que llegué muy pronto á la abertura practicada en la espalda del santo, que tiene la dimension de una ventana ordinaria y se abre hácia el camino que habia yo seguido aquella misma mañana al venir de Baveno. Detiveme, pues, un solo instante para contemplar el paisaje, y continué despues mi camino. En cuanto al sacristan, habia ya llegado arriba hacia mucho tiempo, y yo como los desollinadores en lo alto de las chimeneas, le oía sin verle, cantar su cántico de gracias. Lo que me impedia descubrirle, era la estrechez del camino, producida por el cuello de la estatua: pasado este me encontré, al salir de la larínge, en una inmensa cúpula iluminada por dos aberturas que corresponden á las de las orejas del santo, en medio de las cuales mi sacristan, con las piernas colgando, estaba irreligiosamente sentado en la nariz de San Carlos.

Ademas debo hacerle esta justicia, que apenas me presenté, me ofreció su lugar; pero como yo soy mas respetuoso para las cosas santas que muchos que viven de ellas, lo rehusé sin decirle el motivo de mi negativa, que de seguro no hubiera comprendido.

Entonces me contó no sé qué comida de doce cubiertos que se habia dado en la cabeza del arzobispo; los cocineros estaban en el libro, y los criados en el brazo derecho. Todo esto se parecia mucho á la historia de Gulliver en la isla de los gigantes.

Viendo que me negaba obstinadamente á sentarme en las narices de San Carlos, me invitó á mirar por su oreja izquierda, esto era ya otra cosa, y no oía á sacrilegio, por lo que no puse dificultad en pasar mi cabeza por el *Was ist das*.

Mi sacristan tenia razon, porque desde allí se descubre una magnífica vista: en el primer término el lago azul como el cielo y terso como un espejo; en el segundo las colinas cubiertas de viñas y el palacio de Angera con troneras, y despues en lontananza prolongándose entre los Apeninos y los Alpes las llanuras de la Lombardia que se dilatan hasta Venecia, y van á morir sobre las arenas del Lido. Quedé verdaderamente maravillado y como en éxtasis.

Volví á bajar al cabo de una hora sin pensar en el peligro del camino: llegado á lo bajo del pedestal me preguntó el sacristan si estaba aun enfadado con él, y le respondí poniéndole en la mano cinco francos.

Mediante aquella retribucion se encargó de buscarme un barco, de modo, que en la

tarde misma llegué á Sexto-Calende, que es segun creo la primera poblacion del reino Lombardo-Veneto.

Encontré la posada toda revuelta: hacia ocho dias que un viagero francés habia llegado á ella en posta con una jóven tan enferma que no habia podido llegar á Milan: se habian visto forzados á detenerse en Sexto. Inmediatamente el jóven habia enviado un correo á Milan con órden de traer á toda costa al doctor Scarpa. Desgraciadamente el doctor Scarpa estaba moribundo, y habia destinado uno de sus comprofesores, el cual al llegar halló á la enferma sin esperanza de vida. Dos dias despues habia muerto de una afeccion crónica del estómago y habia sido enterrada aquella misma mañana. El jóven despues de haberla tributado los últimos deberes habia vuelto al instante á salir para Francia.

Habia habido una circunstancia singular. En Italia se entierran los cadáveres en las iglesias en una huesa comun, cuya piedra se levanta á cada nuevo viagero que envia la muerte á su morada: aquella costumbre habia repugnado al marido, hermano ó amante de la difunta, porque no se sabia que vinculos los unian. En su consecuencia habia comprado una casa con jardin, el que habia hecho bendecir, enterrando en él en medio de las flores y á la sombra de los naranjos y adelfas á su misteriosa compañera. En cuanto á su sepulcro era una simple piedra de mármol con un nombre encima.

Como la noche estaba hermosísima, pregunté sino se me podia acompañar á aquel jardin; el posadero me dió un guia, echó á andar delante de mi y lo seguí.

La casa comprada por mi compatriota, se hallaba situada fuera de la aldea, sobre una pequeña colina desde donde se descubre una parte del lago: los antiguos propietarios, que se habian reservado tres meses de término para desocuparla, me hicieron entrar sin dificultad en aquel jardin que se habia convertido en cementerio. Hice señal con la mano de que deseaba me dejasen solo, y como no tengo trazas de profanador de sepulcros, consintieron en ello.

Al principio caminé á la ventura por aquel pequeño jardin tan embalsamado, luego descubri un grupo de limoneros hácia los que encaminé mis pasos: á medida que adelantaba, veia resaltar bajo su sombra la blancura de una piedra, y pronto reconocí que la forma de aquella piedra era la de un sepulcro, al que me aproximé, y bajándome á la luz de un rayo de la luna que se desprendía por entre los árboles que le daban sombra, leí esta sola palabra: *Paulina* (1).

(1) Un dia publicaré probablemente la historia de esta misteriosa jóven, que se me apareció tres veces corriendo hácia esta tumba, donde debia al fin abismarse para siempre; pero en este momento me lo vedan todavia algunas consideraciones sociales.

A la mañana siguiente el mozo de la posada, que yo habia enviado al correo con mi pasaporte, me trajo una carta que me obligó á salir inmediatamente para Francia. Cinco dias despues me hallaba ya en Paris.

Como no conocia de la Italia sino lo que habia visto por la oreja de San Carlos Borromeo, hice al dejarla voto de volver á ella. Este voto es el que acabo de cumplir.

Sea esto dicho de paso para aquellos de mis lectores que tengan valor de seguirme en una nueva peregrinacion.

EPILOGO.

A fines de 1833, mi criado, á quien sin duda no le gustaban las boardillas de la calle de San Lázaro, me dijo tantas veces que mi habitacion no era á propósito para mí, que le dije al fin una noche que decia bien, y que estaba pronto á mudarme siempre que él se encargase de buscarme otra, y de verificar la mudanza de mis muebles, sin que tuviese yo que ocuparme de nada.

El dia siguiente por la mañana oí una grande disputa en mi comedor, me eché una bata y salí á ver qué era aquello. José disputaba con un mozo sobre el precio de la mudanza de mis cuadros y de algunos otros muebles. Al verme este último apeló á mi conciencia, y me preguntó si veinte y cinco francos era demasiado por el transporte de mis cuadros, mis libros y mis curiosidades á la calle Bleu, núm. 30.

—Parece, dije á José, que prefiero la calle Bleu á la de San Lázaro.

—Si, señor, me respondió; y habeis alquilado en ella esta mañana un cuarto principal que solo cuesta cien francos mas que este, que es un tercero.

—Bien está, pero te has de enterar el por qué se escribe la calle Bleu sin *e* (*Bleue*, azul).

—Si, señor.—Volví á entrar en mi cuarto, y me metí otra vez en la cama.

—Ya ves, dijo Francisco, que á vuestro amo no le parece esto tan caro.

—Bien está, tendrás tus veinte y cinco francos, pero te encargarás de saber por qué se escribe la calle de Bleu sin *e*.

—¿Y á quién se lo he de preguntar?

—Esó tú lo verás.

—Entonces procuraré averiguarlo, dijo Francisco.

El final de este diálogo me afirmó en una idea que me habia ocurrido hacia tiempo, y es que José hacia lustrar mis botas por el por-

tero y hacer los recados por Francisco, y que el único trabajo que le costaba esta parte de mi servicio, era el añadir á la cuenta del mes quince francos de portes de cartas que yo no habia recibido.

Seguramente que es muy incómodo el verse uno robado por su ayuda de cámara, máxime cuando le tiene á uno por un imbécil, lo que le lleva naturalmente á faltar al respeto, pero es todavía mas desagradable el mudar de un rostro al que está habituado uno por otro, al cual no se hace uno tal vez. Es preciso á lo menos un año para levantar la máscara que encubre una cara nueva, y eso aun suponiendo que no se tenga otra cosa en que ocuparse.

Por desgracia para mi bolsillo, y felizmente para José, me hallaba yo ocupado en aquel momento en otra cosa, que creo era el *Angelo*. Resolví, pues, continuar dejándome robar.

Acababa de tomar esta resolucíon cuando oi una nueva disputa en la antesala.

—El señor no está, dijo José.

—¡Oh! bien lo sé, contestaba una voz que no me era desconocida, ya me habian advertido de que en Paris nadie estaba jamás en casa.

—El señor ha salido.

—¿Salido á las ocho? Eso seria bueno allá en nuestras montañas, pero en esta grande ciudad cuando se ha salido tan de mañana, es señal de que no se ha vuelto aun.

—Mi amo no pasa jamás la noche fuera de casa, dijo sécamente José, que trataba de conservarme una reputacion virginal.

—No lo digo por ofenderle, pero eso no se opondrá á que si él supiese que estoy aquí, me recibiria inmediatamente.

—Si quereis dejar vuestro nombre, continuó José, se lo daré á mi amo cuando vuelva.

—¡Oh! que si que le dejaré mi nombre, y cuando sepa que estoy en Paris, me enviará á buscar corriendo.

—¿Y dónde vivís? dijo José, que comenzaba á tener miedo.

—En la Carrera de la Villette, porque allí es mas barato que en el centro.

—¿Y cómo os llamais? añadió José cada vez mas inquieto.

—Gabriel Payot.

—¿Gabriel Payot de Chamouny? exclamé yo desde mi cama.

—¡Eh! embustero, bien sabia yo que estaba en casa....

—Si, si, de Chamouny, y que viene ademas á veros y traer una carta de Jaime Balmat, por sobrenombre Mont-Blanc.

—Entrad, querido, entrad.

—¡Ah! exclamó Payot.

José abrió la puerta y anunció al señor Gabriel Payot de Chamouny.

Payot le miró incomodado para ver si se burlaba de él, pero viendo que José cerraba la puerta con toda cortesia, me buscó con la vista y me vió en mi cama.

—¡Oh! ¡perdon! dispensad, me dijo.

—No hay de que, amigo mio: ¿qué buena suerte os ha traído por aquí?

—¡Oh! voy á deciroslo todo.

—Comenzad por tomar una silla.

—No estoy cansado, gracias.

—No le hace, sentaos; esto es aquí la costumbre.

—Ya que os empeñais absolutamente en ello....

—Aquí, aquí; y le señalé una silla inmediata á mi cama, ¿conocéis este reloj, Payot?

—¡Qué si lo conozco! yo lo creo; ha dado mas que hacer á mi primo Pedro que lo que tiene de grueso. ¿Va bien?

—Siempre, á menos que no me olvide de darle cuerda.

—Yo tenia tambien uno ¡oh! pero que era como cuatro veces este, un reloj de Ginebra: un dia que me hallaba algo achispado, le di una vuelta de mas á la llave y saltó el muelle real; lo llevé sin decir nada á mi muger, al herrero de Chamouny, que es listo como un mono y hace asadores y... mirad... lo mismo está que estaba; desde entonces jamás ha vuelto á andar bien.

—¿Y con qué motivo habeis venido á Paris, mi buen Payot?

—¡A Paris! ¡no! ¡no! vengo de Londres.

—¡De Londres! ¿y qué habeis ido á hacer á Londres?

—Primero es necesario os diga que el año pasado vino despues que vos á Chamouny un inglés: es una suerte, ya lo sabeis; tanto mejor para el pueblo, porque pagan bien. Esto no es decir que los franceses no paguen ¡oh! ¡pagan tan bien! ademas los precios son iguales para todo el mundo; pero nosotros preferimos á los franceses por que hablan saboyardo: habeis de saber que vino é hizo el mismo camino que vos, sin mas diferencia de que fué al jardin, al que no quisisteis ir, y á fé que hicisteis mal, porque cuando se ha ido á él se puede decir.... he estado en él. Habeis de saber que me dijo: ¿Quién es el último á quien has acompañado?—¡Ah! á fé mia, le respondi, es un excelente jóven. Perdonad señor, pues aunque no estábais, yo dije lo que pensaba; ademas sabeis cuanto os amamos allí todos. Aquí teneis vuestros certificados: y recordareis de que me disteis tres, uno en inglés, otro en italiano y otro en francés.

—Me acuerdo perfectamente.

—¡Oh! pero ahora entra lo bueno, ya vereis: habeis de saber que me dijo: si quieris darme uno de estos tres certificados por veinte francos, yo te lo compro.

—¿Quereis, por ventura, haceros guia? le dije yo, es un maldito oficio: vaya, vaya, vale mas ser milord.

—No, me respondi; pero estoy haciendo una coleccion de *Ortógrafos*.

—¡Oh! en cuanto á ortografía no falta en ellos: son de un autor. Pues señor, sacó de

su bolsillo los veinte francos, y yo los tomé. Hice bien, ¿no es esto? aquello no valia seguramente mas de veinte francos ¿no es verdad?

—Ni siquiera veinte sueldos.

—Asi lo calculé yo; pero ¡son tan brutos esos ingleses! habeis de saber, que al llegar al huerto, vimos dos gamos que echaron á huir: mera casualidad; pero eso no quita que el inglés no se pusiese muy contento.

—¿Áspital dijo, he ahí dos animales por los cuales daria de muy buena gana dos mil francos, si pudiese llevármelos á mi parque.

—Por menos podeis tenerles, respondi yo.

—¿De veras?

—Ciertamente.

—Pues ahí tienes mi nombre, y las señas de mi casa en Londres, ¡añadió dándome un papellito chiquito y muy fino. Si me presentas dos gamos, no me desdigo de mi palabra.

—Tocadla, dije yo, alargando mi mano.

—¿Quieres que te haga un papel de obligacion formal?

—No, señor, no, dadme la mano y me basta. Y asi sucedió. Quedó hecho el trato, con solo la diferencia de que al separarnos, despues de tres dias, en vez de darme veinte y siete francos, á razon de nueve diarios por mi y por el mulo, me dió ciento. Pero volvamos al cuento de los gamos. Esta primavera me acordé del inglés, y como yo conozco y sé donde están las madrigueras, con poco trabajo cogi dos gamitos hermosísimos, macho y hembra. Eran muy chiquitines, y como apenas veian, les dábamos leche en un biberon como á los niños. Dios me lo perdone, pues no puede menos de ser malo; mi hija es la que los ha criado, mi hija, ¿os acordais? estaba preñada y ya debe haber parido. Sin duda me esperarán para el bautizo. Pues señor, cuando los gamitos tuvieron tres meses, yo que no habia perdido el papellito del inglés, le dije á mi muger:

—Tengo necesidad de ir á Londres.

Juzgad qué cara pondria al oirme.

—¿Y qué tienes que hacer en Londres?

—Entregar estos dos animalitos que valen nada menos que dos mil francos.

—Tu estás borracho, respondi mi muger: pero yo la dejé hablar, y bajando al corral, armé una jaula vieja, saqué el carreton del cobertizo, y colocando los gamos en la jaula, la jaula en el carreton y el carreton detrás del mulo le pregunté al maestro de escuela cuál era el camino de Londres. Me dijo que al llegar á Sallanche volviere á mano derecha, asi que estuviese en Lion á la izquierda, y que en Paris hasta los niños me enseñarian el camino. Efectivamente aquí me dijeron que siguiendo el curso del Sena llegaria al Havre.

—¿Y partisteis sin haber hecho mas pactos con el inglés?

—Si el pacto estaba ya hecho desde que me habia apretado mi mano en la suya.... pero ahora entra lo mejor de la historia. Vereis que

al llegar al Havre era ya noche; el amo de la posada á donde fui, me preguntó á dónde iba, y yo le respondi que á Londres. El dia siguiente cuando yo iba á enganchar el mulo, entró un jóven con un sombrero de alas anchas y muy reluciente, con chaqueta azul y pantalon blanco que me dijo:

—¿Sois el que vá á Londres?

—Si.

—Y bien, ¿quereis que yo le pase?

—¿Por dónde?

—Por la Mancha.

—A otro perro con ese hueso.... y apretando la cincha al mulo, le di con el látigo y ¡arre! Digame el camino de Londres, y déjese de bromas, le dije al jóven.

—Siempre recto, me respondi, y vino siguiéndome, hasta que al cabo de un medio cuarto de hora me encontré sin camino. Pregunté en dónde estaba, y me respondieron que en el puerto.

—¿Y Londres, en dónde está? exclamé yo.

—Al otro lado del mar.

—¿Y por qué puente se pasa?

El jóven del sombrero soltó una carcajada.

No era esto lo tratado, me dije á mí mismo; el inglés no me dijo si habia de pasar el mar, y yo no soy marinero. Tenia yo un corage entonces, que me hubiera destrozado los puños. No hay mas remedio, es preciso volvernos, dije yo mirando á mi mulo, y cuando retrocedia vi al posadero que estaba en el umbral de su puerta.

—¡Hola! me dijo: ¿ya estais de vuelta?

—Si, si, ya sois bueno, ¿por qué no me habeis dicho que para ir á Londres era necesario pasar el mar?—y se echó á reir ¡bribon! añadió yo.

—Como os he visto marcharos con un marinero del vapor....

—¿Quién? ¿el del sombrero?

—Si, y á fé que es un excelente muchacho. Vamos, vamos, entrad y bebereis una botella de cidra.—¿Sabeis lo que es cidra? es un vino que en aquel extraño pais se hace con manzanas.

—Si, si, ya lo sé, pero al fin ¿cómo os compusisteis?

—Fué necesario hacer lo que ellos quisieron. Dejé el mulo y el carro en la posada, y á la mañana siguiente me embarqué con mis gamitos: ¿creeríais que tuvieron la desvergüenza de hacerme pagar por ellos? Cuando digo que pagué por ellos, es decir, que pagó un milord, porque mis gamitos fueron la delicia de su hija. Figuraos una pobre niña tísica.... de diez y ocho años, ¡pero cuán hermosa! En el vapor suponian que estaba desahuciada, pues padecia de amores. Yo no padecia tal mal, pero me estaba mareando.

¿Os habeis mareado alguna vez?

—Si.

—¡Pues bien! sabreis lo que es el mareo.

Os juro que mas querría ver parir á mi mujer, á volver á pasar por tales angustias. Además no era yo solo, sino todos estaban en igual estado!.... Yo creo que era la picara cidra lo que me amargaba el corazón. El marinero consabido me estaba diciendo: Comed, comed — ¡Qué comer ni qué calabazas! al contrario. Después de seis horas de viage, todos estábamos de espaldas. La niña inglesa era la única que no se mareaba, pero no hacia mas que ir y venir por entre nosotros ligera como una sombra, y jugando con mis gamitos; os aseguro que si se le hubiese antojado abrirles la jaula y soltarlos, no me hubiera tomado el trabajo de correr detrás de ellos.

Por la tarde el tiempo se puso grueso, como dicen los marineros. Oyéronse retumbar algunos truenos, las olas se encrespaban, y á fé mia que era este el mejor modo de aliviarnos. Yo daba mi alma á Dios y mi cuerpo á todos los diablos; cuando cádate que se me sube á las narices cierto olor de costillas de carnero. Voto á..... era el marinero que estaba disponiendo su cena, mientras iba el temporal arreiciando que era un gusto. ¡Vamos andando! decía yo en mis adentros, si esto sigue, al menos tenemos esperanzas de naufragar. No daría uno por su vida dos cuartos cuando se encuentra así. Todo daba vueltas como cuando uno está borracho. Vino la noche; la cubierta parecía abandonada; el buque andaba á la buena de Dios; la jóven fué á apoyarse en el mástil y permaneció de pie. A cada relámpago, yo la veía blanca y pálida como una santa, con sus rubios cabellos flotantes al viento, con sus ojos ardiendo por la fiebre, y de cuando en cuando la oía toser, lo cual me destrozaba el corazón. Durante un relámpago la vi llevar un pañuelo á la boca y retirarlo lleno de sangre. Entonces se puso á sonreír; pero con una sonrisa tan triste que me partía el alma. Pasó un relámpago, que pareció rasgar las nubes de arriba á bajo, y la pobre niña hizo un movimiento con la cabeza, como para decir; sí, ya voy. Yo cerré los ojos, porque mi corazón no podía resistir; yo no sé lo que pasaba, únicamente me acuerdo que hizo viento y que llovió y nada mas. Después oí algunas voces, se me figuró ver la luz de algunas antorchas á través de mis párpados, sentí que me cogían en brazos, y pensé que me iban á arrojar al mar.

Al cabo de una media hora casi me sentí mejor, me pareció tener entre manos alguna cosa caliente y suave, abrí los ojos, miré, y vi que eran mis gamitos, que me estaban lamando. Vi además que me encontraba en un cuarto acostado sobre una cama y con un buen fuego en la chimenea; estábamos en Brighton.

Tardé lo menos diez minutos en asegurarme de que nos hallásemos en tierra firme, porque siempre me parecía sentir aquel mal-

dito balanceo; pero por fin poco á poco aquello se pasó y mi estómago comenzó á dejarse sentir. Nada tenía de extraño, porque desde la vispera no habia tomado ni un bocado, y además la cocina exhalaba buen olor de chuletas de carnero. Entonces dije para mí: — Si no me equivoco se está preparando la cena. En aquel momento entró el mozo y me chapurreó tres ó cuatro palabras en inglés, que no comprendí; pero como llevaba una servilleta, y me hizo señal llevándose la mano á la boca, entendí que se trataba de cenar. No me lo hice decir segunda vez y le seguí al instante.

Llegado abajo, me preguntaron si era de los de primeras ó segundas.

— De las segundas, dije yo; porque no tengo nada de orgulloso.

La puerta del comedor de las primeras estaba abierta, eché al pasar una ojeada y vi que todo el mundo estaba ya ocupado comiendo, excepto la jóven inglesa y su padre que no se habian sentado á la mesa. Me hallé con el ganapan del marinero del sombrero de hule que estaba despachando una tajada de rosbef....

— ¡Hola! le dije, ahí del amigo; voy á sentarme en frente de vos.

— ¿Eh? como guste, me respondió. Era un excelente muchacho en el fondo.

— ¡Ah! pronto, un vaso de vino, me hará mucho provecho.

— ¡Vino! me contestó, sin duda tendreis bastantes fondos para gastarlo, porque aquí cuesta doce francos la botella.

— Doce cuartos direis.

— ¡Doce francos!

— Perdonad, ¿pues qué es lo que teneis en el jarro?

— Ale.

— ¿Cómo?

— Cerveza, así lo entendereis mejor: ¿os gusta la cerveza?

— Toma, no es muy buena; pero siempre es mejor que el agua, y así echadme.

— A vuestra salud.

— A la vuestra igualmente.

— A propósito de salud (añadí despues de haber puesto en la mesa mi vaso), ¿y la jóven aquella?

— ¿Cuál?

— La del vapor.

— ¡Oh! no muy buena: á estas horas se estará muriendo.

— ¡Bah! no estaba enferma, vos lo decís: verdad es que no tenia la enfermedad vuestra; pero la suya era otra. Mirad, es mala señal cuando un cristiano no siente lo que sienten los otros: yo mismo he puesto en duda lo que realmente sucede: la enfermedad ha vencido al mal: era la muerte la que la sostenia. Cuando estábais á bordo era la única que se hallaba en pie. Pues bien, ahora que estamos todos en tierra, ella es la única que

está tendida en una cama de que seguramente no volverá á levantarse.

— ¡Pobre muchacha! le respondí: me habeis dado de cenar; pero ya no comeré nada mas. ¡Pobre niña!

Al dia siguiente, por la mañana, al amanecer, mientras me disponia en un carro de retorno á partir con mis animalitos, vi á su padre sentado en el patio, en un poyo, sumergido al parecer en una indiferencia completa. ¡Sin corazón! pensé para mí al verle inmóvil como una estatua. ¡Ah! me decía, estos ingleses no tienen alma; si yo tuviese una hija como esa, enferma y moribunda, me rompería la cabeza contra las paredes. ¡Perro! vete al... daba vueltas alrededor suyo para darle un puñetazo, á fé de hombre de honor: ningún caso hizo de mí ni de cuanto le rodeaba, cuando pasé por delante de su cara..... ¡Pobre hombre! dos gruesas lágrimas caian de sus ojos y rodaban por sus manos.

— Perdon, le dije, os pido perdon.

— ¡Ha muerto! me respondió.

En efecto, se le habia roto una vena del pecho y la sangre la habia ahogado durante la noche.

Dos dias gasté para llegar á Londres: dos dias es muy largo tiempo, cuando se está solo, y con un pensamiento de melancolia, y se va con un farsante que canta todo el camino. Yo veía siempre á aquella pobre niña sobre la cubierta del buque, y al gordo del inglés sentado en el poyo: en fin, no hablemos mas de ellos.

Al fin llegué. Pregunto si conocen mis señas, me indican la casa. Al llegar á la puerta, pregunto si conocen á mi hombre, y me contestan que allí está. Entro con mis gamitos, y toda la casa se coloca en torno de mi carro. Un señor se asoma á la ventana y pregunta en inglés ¿qué hay? Reconozco á mi viajero: soy Gabriel Payot de Chamouny, le dije, y os traigo vuestros gamos.

— ¡Ah!

— Sabeis que me habeis dicho....

— Si, si.

Habiame reconocido como vos ahora. ¡Oh! ¡era un excelente milord! ¡era un gozo aquella casa!... Llevaron los gamos á un salon magnífico. ¡Bueno! dije. Si á los gamos los alojan aquí, ¿dónde me pondrán á mí? en un palacio.

No me habia engañado: un gran lacayo me dijo que le siguiera, subí dos pisos. Abrieronme un cuarto donde habia alfombras por todas partes, cortinas de seda, sillas de terciopelo, un lujo, ¡qué sé yo! No di un paso, me quité los zapatos á la puerta, y entré como por mi casa. Cinco minutos despues el criado me trajo unas zapatillas, y me preguntó si queria desayunarme con milord ó que me lo sirviesen en mi cuarto; yo contesté que se hiciese como milord mandase. Entonces me preguntó, si acostumbraba á afeitarme yo

mismo, y le respondí que en Chamouny venia á afeitarme el maestro de escuela en sus ratos perdidos; mas que desde que estaba de viage, me veia obligado á hacerlo yo mismo.

— ¡Oh! ya se vé, me dijo.

Tenia yo efectivamente dos ó tres cortaduras en la cara, porque tengo la mano algo pesada, efecto de la costumbre de apoyarme sobre el baston ferrado de camino, ya veis...

— Se os mandará el ayuda de cámara de milord

Cinco minutos despues entró un caballero vestido de azul, calzon blanco y media de seda.

— ¿Y adivinais quién era?

— El ayuda de cámara.

— ¡Precisamente!... Toma, le tuve por el calde, me levanté y le saludé... Me dijo que venia para afeitarme; y yo no queria creerle hasta que sacó sus navajas, su jaboncillo, y en fin, todo lo necesario. Me dió un sillón, me hice mucho de rogar para sentarme, pues deseaba hacerle ver que sabia afeitarme y le decía: No, no, muchas gracias, estaré en pie. Mas como me dijo que me seria molesto, me senté; me bañó la barba con un jabon que oia á almizcle; despues me pasó por la cara una navaja... ¡no era navaja! ¡si aquello era un terciopelo!... Me dijo despues:

— Estais afeitado.

— No lo habia sentido.

— ¿Quereis que os vista?

— Gracias, acostumbro á vestirme yo mismo.

— ¿Quiere ropa blanca el señor?

— No, yo tengo todo lo necesario en mi maleta, ¿ó creis que he venido aquí como un descamisado? Mandad traer la maleta, está bien repleta.

— ¿Y cuándo estareis listo?

— Dentro de diez minutos.

— Es que milord aguarda al señor para el desayuno.

— Si tiene priesa, decidle que vaya comiendo, que ya le alcanzaré.

— Milord, os aguardará.

— Pues entonces despachemos.

Vestime con el mayor esmero que pude. Hallábase milord en el comedor con su muger y dos lindos niños. Me presentó á ella y le dijo algunas palabras en inglés.

— Tendreis que disimular, me dijo, milady no habla francés.

— ¡Milady! ¡Vaya un nombre revésado de bautismo! No hay ningún mal en eso, respondió, ni es una deshonra.

Mad. Milady me hizo señal de sentarme junto á ella: milord me echó de beber y despues de saludar á la compañía, llevó el vaso á la boca.

— ¡Vaya un rico vino! dije á milord.

— No es del todo malo, me respondió milord.

— Y el burlon del marinero del sombrero de hule, que decía que en Inglaterra el vino costaba á doce francos la botella.

—El de Burdeos ordinario, si; pero este es de Chateau Margot.

—¿Cómo! ¿cuanto mejor es, menos cuesta? pues, señor, este es un famoso país.

—No lo habeis entendido. Digo que éste cuesta, creo, un luis la botella.

—Cogí la botella para verter en ella lo que quedaba en mi vaso.

—¿Qué haceis? me dijo milord cogiéndome el brazo.

—Yo no bebo vino de á un luis, eso seria ofender á Dios; guardadlo para cuando venga el rey á comer á vuestra casa.

—¿Qué no lo encontráis bueno?

—Muy descontentadizo habria de ser.

—Pues entonces no os cuideis de eso, yo os daré veinte botellas para el camino.

Mientras que no hubo mas que beber vino de Burdeos y comer bectfacks, fué bien la cosa: pero al concluirse el almuerzo, cata que viene un gandul con una bandeja llena de tazas, una cafetera de plata, y una fuente de bronce en que habia agua y fuego. Pone todo esto delante del ama de casa, que echó un puñado de yerbas secas en la cafetera: al cabo de cinco minutos soltó el grifo, y echó la infusion en las tazas. Milord tomó una, madama Milady otra; y me pasaron á mí la tercera.

—Gracias, dije yo: siéntome muy bueno, no he tenido susto alguno ni estoy empachado, bebed vuestra medicina que yo pasaré sin ella.

—No es para los males de cabeza, sino para ayudar á la digestion.

Yo no me atrevi á rehusar por dos veces; tomé la taza: tragué tres sorbos sin probar lo que era; pero al cuarto vi era una cosa malísima, refiré la taza.

—¿Qué tal? dijo milord.

—¿Qué peste!

—Escelente té que viene directamente de la China.

—¿Y la China está muy lejos?

—A cinco mil leguas de Londres.

—Pues os digo que no seré yo quien vaya á buscar té aunque no lo haya.

Madama Milady le dijo en inglés dos palabras al oído, entonces milord se volvió hácia mí y me dijo:

—¿No habeis puesto azúcar en vuestra taza?

—No, señor, respondi yo, no lo sabia.

—Pues debe estar execrable.

—Lo cierto es que no está bueno, y como no me habeis advertido nada me he abrasado la lengua al probarlo, mirad.

—¡Pobre hombre!

—¡Oh! si no fuese mas que esto.... Me parece que me vuelvo á marear. Es el agua caliente. No puedo sufrir el agua caliente, y hasta la fria me hace mal.

—¿Qué quereis tomar, Payot? será preciso tomar alguna cosa.

—¿Me quereis dejar que me cure yo mismo?

—Sin dada.

—Pues entonces haced que me den un vaso de aguardiente añejo.

—A propósito, le dije yo á Payot, satisfecho en aquel momento de encontrar ocasion de interrumpir su cuento que comenzaba ya á hacerse largo, en efecto, recuerdo que no os disgusta el *cognac*. ¡José!

Entró mi criado.

—Trae un frasco de coñac.

—No se necesita un frasco, con un vaso basta.

—No os de cuidado: ¿con que en Londres os han tratado tan bien? ¿Cuántos dias habeis estado allí?

—Tres dias, primero fui á una casa de campo con milord, y soltamos los gamitos en el parque delante de su señora y de sus hijos, que era una diversion el ver lo alegres que estaban; el segundo me llevaron al teatro, siempre en el coche del milord; el tercero á casa de un sastre, que tenia en su tienda mas de ciento cincuenta vestidos completos, y me dijo:

—Escoged el que os guste, completo, pero completo.

Comprendereis que no fui tonto y tomé uno de terciopelo que él solo se tenia en pie, y me vino tan ajustado como un guante, vos mismo podeis juzgarlo, es el que traigo.

Al decir esto Payot se levantó y dió dos vueltas para que yo le viese bien.

—Despues me dijo el inglés que era preciso llevar algo en la faltriquera, y me dió cien guineas.

—¿Y cuánto hacen cien guineas? pregunté yo.

—Dos mil setecientos francos.

—Pero si no me debeis mas que dos mil....

—Por los gamos, es verdad, pero los setecientos restantes serán por los gastos de viage.

—Por fin yo no sé cómo daros las gracias.

—No vale la pena, y me harás mucho favor en estarte aqui todo el tiempo que quieras.

—Muchas gracias: pero ya veis, es preciso volver á mi país, porque mi hija está recién parida, y me esperan para el bautizo. Si no fuese por esto, permanecería aun, porque estoy muy bien.

—Entonces os haré acompañar mañana á Brighton, el vapor sale pasado mañana para el Havre, y yo haré de manera que os reserven una plaza.

—No, milord, mejor quisiera tomar otro camino y pagar el carruage.

—Es imposible, amigo, porque la Inglaterra es una isla como el jardín donde estuvimos si os acordais, con sola la diferencia de que en vez de hielo, os agua lo que la rodea.

—En fin, supuesto que es así y que no tiene remedio, partiré mañana, porque peor es desesperarse.

Al otro dia, y en el acto de subirme al

carruage, madama Milady me dió una cajita.

—Es un regalo para vuestra hija, me dijo milord.

—¡Oh! ¡madama Milady! le dije yo, ¡demasiado buena sois!

—Podeis llamar á mi esposa Milady solo, es mas corto.

—¡Oh! eso jamas.

—Yo os lo permito.

No habia medio de resistir á tantas instancias y le dije:

—Adios, Milady, como quien dice: Adios, Carlota, y aqui estoy.

—Bien venido, amigo Payot; comeis hoy conmigo ¿no es esto?

—Mil gracias; sois amable y obsequioso.

—¿A qué hora comeis ordinariamente?

—A las doce.

—Precisamente la hora en que yo almuerzo. Está dicho, os espero.

—Pero, dijo Payot, dando vueltas á su sombrero entre sus dedos, habeis de saber que yo estoy aqui como vos estabais en Chamouny, es decir, que no me hallo en vuestras calles, como vos no os reconociais en nuestros ventisqueros, de modo y manera que he tomado un guia, un paisano, un buen muchacho, y le he dicho que venga á comer conmigo por el trabajo.

—¡Bueno! puedes traerlo.

—¿No os incomodará eso?....

—No por cierto, seremos tres en vez de dos y nada mas; hablaremos del Monte Blanco.

—Lo dicho, dicho.

—A propósito del Monte Blanco.... ¿Teneis una carta de Balmat para mí?

—Si, es verdad.

—¿Y qué hace?

—Está siempre buscando su mina de oro.

—Está loco.

—¿Qué quereis? Es su mania, sin eso estaria rico, pues ha ganado dinero en grande; pero todo se le va en los hornillos. Mirad, apostaria de que en su carta os hablará algo de esto.

—Voy á leerla. Hasta el medio dia.

—Al medio dia.

Salió Payot. Llamé á José, le di orden para que encargase una comida para tres personas en la fonda *Rocher de Cancalle*, despues abrí la carta de Balmat. Aqui está con toda su sencillez.

«Por conducto de Gabriel Payot, que pasa á Londres y va por Paris, le cuento como dos caballeros abogados de Chambery, quisieron subir á Monte Blanco el 48 de agosto último, pero no pudieron verificarlo á causa del mal tiempo, por cuanto á pesar de haberme visitado antes de emprender la marcha, ni siquiera me habian pedido mi parecer relativamente al estado de la atmósfera. Se hallaban ya en camino, cuando de pronto se vieron cogidos por una niebla congelada, y en seguida por un temporal de granizo horroroso, que

no les permitió pasar del prado de la Pequeña Mula; allí el huracan los derribó sobre la nieve, y los obligó á bajar no muy satisfechos de no haber llegado á la cumbre. No fué culpa mia, porque al pasar delante de mí, les anuncié ya la catástrofe; pero los guias les dieron á entender que no debian creerse de mí, porque no era mas que un viejo charlatan y regañon. Ellos si que son demasiado jóvenes y ansiosos de dinero, pues no conocen el tiempo lo bastante para emprender semejantes expediciones. Hoy ha venido á verme á mi casa un jóven inglés, y me ha dicho que deseaba subir al Monte Blanco el año que viene. Desearia que tambien hubiese franceses que quisiesen subirlo, porque hasta ahora los ingleses son los únicos vencedores y hablan mal de los franceses.

«Os agradezco infinitamente vuestro buen recuerdo y por haber hecho llegar á mis manos el primer tomo de las *Impresiones de Viage*. Un parisiense me ha dicho que ibais á imprimir el tomo segundo; si no costase demasiado caro lo compraria, lo mismo que los dos tomos de la *Mineralogia de Beudant*, porque á fuerza de buscar, creo haber dado con un filon de oro.

«En tanto que recibo noticias vuestras, os saludo como vuestro mas decidido y afectísimo servidor.

«JAIME BALMAT. (LLAMADO MONTE BLANCO).

«P. D. Os escribo de priesa, y no sé si acertareis á entender la letra, porque la escritura no es mi fuerte: mas en atencion á que solo tomé diez y siete lecciones, á dos cuartos por leccion, y mi padre me interrumpió la enseñanza al llegar á las diez y ocho, diciendo que eran demasiado caras.»

Sali para ir á buscar el tomo segundo de *Impresiones de Viage* y la *Mineralogia de Beudant*, admirando la fuerza de voluntad de aquel hombre. A los veinte y cinco años recibió una carta de Saussure, que le habia dado la idea de subir á Monte Blanco; despues de cinco ó seis tentativas infructuosas en las que aventuró su vida en una muerte desconocida, y sin gloria porque no habia confiado su secreto á nadie, logró llegar á la cumbre de la montaña mas elevada de la Europa. Poco tiempo despues en el acto de inclinarse para beber agua helada de las orillas del Aveyron, vió algunas pepitas de oro entre las arenas de la orilla: desde entonces se dedicó á buscar la mina de que el agua desprendia aquellas auríferas particulas, y tal vez la hubiese hallado al cabo de treinta años de investigaciones. ¿Qué hubiera hecho aquel hombre en medio de nuestras ciudades, si hubiese recibido una educacion en armonia con la fuerza de su carácter?

Al medio dia estuvo exacto Payot.

—¿Venis solo? le dije.

—Mi camarada no se ha atrevido á subir.
 —¿Por qué?
 —Toma, porque dice, que es un pobre diablo, y cree que no querriais comer con él.
 —¿Está loco! Vamos á buscarle.... Al pié de la escalera encontré á Francesco.—¿V la mudanza? le dije.
 —Ya está concluida.
 —Entonces, subid: José os pagará.
 —¡Oh! no hay prisa.
 —Subid, subid.
 Francesco obedeció.
 —Bien, dije á Payot. ¿Dónde está vuestro hombre?
 —Si, es él.
 —¿Quién?
 —Francesco.
 —¿Francesco! ¿Qué es de Chamouny?
 —Nacido allí.
 —Aguardémosle entonces.... Cinco minutos despues volvió á bajar y me dirigi á él.— Francesco, le dije: espero, que no os negareis á comer conmigo y con Payot, cuando yo mismo os convidó.
 —¿Cómo! el señor, quiere que....
 —Os lo ruego.
 —¡Oh! sabeis que no puedo negarme á vuestros deseos.
 —Pues entonces, vamos, amigo Payot, que aunque no tengo un carruage como milord, ya encontraremos á la puerta uno de alquiler. Ciertamente es, que no tengo Burdeos en casa; pero ya sé donde lo hay, y muy bueno: ¿os gusta? En cuanto al té....
 —Muchas gracias, si á vos os es igual, no es lo que mas me gusta.
 —Bueno, lo reemplazaremos por el café.
 —Como gustéis, porque ésta, en verdad, es una bebida cristiana, muy distinta de la otra, que, no me desdigo, es una droga.
 Cumplí mi palabra como Payot; le dí á beber del mejor vino de Borel, le hice tomar el café mejor de Lamblin, y cuando le vi en aquella disposicion de ánimo dulce y feliz que sigue á una buena comida, le propuse llevarle en un cuarto de hora á Chamouny.
 —Os chanceais, señor.
 —Os aseguro que no. Dentro de un cuarto de hora, si quereis, estaremos á la puerta de la posada.
 —¿De Juan Ferraz?
 —Y veremos el Monte Blanco como ahora os estoy viendo.
 —¡Caramba! muy bien puede ser, dijo Payot, todo lo creo, ¡despues de tantas y tantas cosas como he visto!
 Volvimos á subir al coche, y habiéndose detenido el cochero á la puerta del diorama, entramos.
 —¿Dónde estamos ahora? dijo Payot.
 —En la aduana de la frontera, y voy á pagar dos francos y diez céntimos por cada uno de nosotros.
 Le entregué su billete de entrada.

—Ahí tenéis vuestro pasaporte.
 En breve nos vimos envueltos en una completa oscuridad.
 —¿Sabeis donde estais, Payot?
 —No, á fé mia.
 —Estamos en las escaleras.
 —¿En la gruta?
 —Ya veis que no hay luz.
 —Pues entonces, ya nos acercamos, dijo Payot.
 —¡Oh! dentro de cinco minutos, y aun antes. Llegábamos efectivamente en el momento mismo en que la Selva Negra desaparece para dar lugar á la vista del Monte Blanco: en el rincón del cuadro que comenzaba á aparecer, asomaban ya varios pinos y alguna nieve. Hice colocar á Payot, de modo que su vista pudiese penetrar en la abertura á medida que iba tomando aumento; tendió una mirada momentánea con la vista fija, sin respirar y estendiendo los brazos segun se iba desarrollando el mágico cuadro, hasta que dió un grito y quiso lanzarse, yo le contuve.
 —¡Oh! exclamó, ¡dejadme! ¡dejadme! ahí está el Monte Blanco, la nevera de Tacconnay, la aldea de la Costa y Chamouny á nuestras espaldas!... Volvióse entonces, y dijo:—Dejadme ir á dar un abrazo á mi muger y á mi hija, por amor de Dios os lo pido, al instante volveré.
 Todos los espectadores se dirigieron hácia nuestro lado; yo comenzaba á cansarme de mi embarazosa posicion, y creyendo llegar la ocasion de poner coto en aquella farsa, pues Payot no hacia mas que reiterar sus instancias, dijele que todo lo que estaba viendo, no era la naturaleza, sino un cuadro. Dejé caer sobre un banco y exclamó:
 —¡Oh! ¡cuánto mal me habeis hecho! y se puso á llorar.
 Todos los espectadores nos rodeaban.
 —¿Quién es este hombre? ¿qué es lo que tiene? me preguntaban.
 —Es un guia de Chamouny, que creyéndose en su tierra no hace mas que llorar.
 —Por Dios, perdonadme, dijo Payot levantándose; pero esto ha sido mas fuerte que yo. Y volvió nuevamente la vista hácia el cuadro.
 —¡Oh! mirad mi valle, dijo, y cruzando los brazos y abismado en la contemplacion muda y ansiosa de aquel lienzo que le traia todos los recuerdos de la juventud, todas las satisfacciones de la familia y todas las emociones de la patria.
 Me aproveché de su distraccion para salir, temiéndome que me tomasen por algun compadre.
 Al otro dia á las siete de la mañana, Payot vino á mi casa en la calle de Bleu.
 —¿Por qué os habeis marchado? me dijo.
 —Creia complaceros, os habia dado un beso y estaba disgustado.
 —¡Oh! ¡pesadumbrado! muy al contrario, siempre es grato ver su pais, aunque sea pu-

tado. Pero los parisienses no tienen patria ninguna, y si tan solo una calle, aunque no por culpa suya. El que no ha nacido en la aldea, ignora lo que es; en Chamouny no existe una sola casa que yo no vea del mismo modo de lejos que de cerca, ni en esta casa un hombre siquiera que me sea desconocido; ni en el cementerio un sepulcro que no conozca: en cerrando los ojos lo veo todo, al paso que en Paris apenas basta para aprender el nombre de las calles, la vida de diez hombres seguida.
 —Es muchisima verdad, amigo mio, tenéis sobrada razon: ¿pero qué hicisteis despues que yo me marché?
 —¿Qué me hice? estaba allí un caballero que habia visto á Chamouny, y aun el jardín á que vos no quisisteis ir, y de consiguiente tuve que explicar la cosa á todo el mundo; que para la ascension, se necesitaban tres dias: que la primera noche se pernoctaba en lo alto de la cuesta, en una palabra, conté todo absolutamente.
 —Y supongo que quedarían agradecidos.
 —Parece que si, puesto que se reunieron y me regalaron cincuenta francos para echar un trago á su salud.
 —¡Bravo, Payot! Si os quedais dos años únicamente en Francia é Inglaterra, al volver á Chamouny seriais millonario.
 —Bien puede ser, pero de todos modos, no quiero perder tanto tiempo aquí, y así vengo á despedirme, y me voy.
 —¿Hoy mismo?
 —Al instante.... me habeis enseñado el pais, y es preciso que me vuelva á él.
 Yo entonces le alargué la mano.
 —¿No ireis á decir buenos dias á Troteduro? abajo está en su carreton.
 —Si, vamos corriendo: porque me ha dejado recuerdos para mí inolvidables.
 —Vamos pues.
 —¿Y un trago?
 —Es muy justo.
 Me eché un pantalon y la bata, y acompañé á Payot. El mulo lo aguardaba en efecto en la puerta, y yo le reconocí al momento.
 Payot me pidió permiso de abrazarme, apreté su valiente corazón contra el mio: enjugó dos lágrimas, subió á su carreton, dió un latigazo á su mulo, y partió.
 No habia andado mas que diez pasos cuando detuvo el animal, miró hácia atrás, y observando que yo le seguia con la vista:
 —Podeis decir si volveis á Chamouny que seréis muy bien recibido.—¡Arre! ¡adelante!... Cinco minutos despues, dobló la esquina del *Faubourg Poissonniere* y desapareció. Yo volví á subir á mi cuarto.
 —¡Y bien! dije á José: ¿sabeis por qué se escribe la calle de Bleu sin e?
 —Nadie ha podido decirmelo: pero si el señor quiere dirigirse al hijo de Mr. Bleu,

que hizo construir la calle, vive á cuatro casas de aquí.

—¡Gracias, esto es precisamente lo que yo deseaba saber. Habia ganado una apuesta contra el primer filólogo de Francia que habia tomado un nombre propio por un adjetivo.
 Hace algunos dias que abriendo los millares de cartas que me habian escrito los que se obstinaban en crerme muy cómodamente instalado en Montmorency, mientras que me estaba muriendo de hambre en Siracusa, vi una con el sello de Sallanche, reconocí la letra de Balmat, la abrí.—Su contenido era este.

«Aprovecho la ocasion de un caballero doctor de Paris, que os conoce perfectamente, para escribiros esta carta y daros las gracias por vuestro tomo de *Impresiones de Viage* y la *Mineralogia de Beudant* que me habeis mandado por Gabriel Payot. Esta última obra me será muy útil, porque como os decia he encontrado un filon de oro que debe guiarme á una mina: y como el tiempo está muy hermoso salgo mañana mismo á buscarla.

«Tengo el honor de saludaros con mil gracias.

«JAIME BALMAT, (llamado MONTE BLANCO).

«P. D. A propósito, se me olvidaba deciros que al llegar á Chamouny Gabriel Payot ha dado una caída y se ha matado.»

La carta se me cayó de las manos. Vé aquí, dije para mí, porque tenia tanta prisa para volver á su pais aquel hombre.... Di un puntapie al cesto en que estaba toda mi correspondencia, y dije á un amigo que estaba allí por acaso, que la continuase viendo por mí. Al cabo de cinco minutos me dió una segunda carta: tenia como la primera el sello de Sallanche, la abrí y la lei.

«Muy señor mio: con el mayor pesar soy yo el que he recibido la carta que habiais escrito á mi padre, en razon de que el buen hombre no estaba ya en este mundo cuando llegó á Chamouny: y como sé el interés que le demostrais, os dirijo todos los pormenores que hemos podido recoger.

«El 4 de setiembre del año pasado, y al dia siguiente del en que le habiais escrito, habia salido con un hombre del pais para hacer una escursion por los alrededores de Chamouny en busca de una mina de oro, en un sitio donde hay grandes precipicios. Mi querido padre tenia tanta aficion, como sabeis, á las minas, que á pesar de las muchas objeciones que le hicimos, quiso á toda costa marchar.

«Mi padre, que sabeis cuan intrépido era á pesar de sus setenta y ocho años, ha continuado su camino á pesar de los gritos de su compañero, que ha hecho cuanto ha podido por detenerle. Mi padre no ha querido oír nada, entonces el otro se ha vuelto á su casa, sin atreverse á decirme que mi padre se habia quedado en la montaña.

«Al momento que supe su llegada fui á su casa, hacia ya tres dias que habia vuelto; apremiado por mis preguntas, me dijo que no tenia buena idea de lo que habria sucedido á mi padre. Al oír aquello corri á buscar mi palo de viage, y volví á decirle que me acompañase al sitio donde se habia separado de él. Me llevó hasta la senda donde se habian sepa-

rado, y tomé el camino que habia tomado mi padre; pero durante dos dias y dos noches le he llamado y buscado en vano, no he hallado rastro de él, ni vivo ni muerto. Sin duda habra sido arrastrado por un alud, ó precipitado en alguna nevera.»

Dejé caer la segunda carta cerca de la primera, é hice quemar las demas sin abrirlas.

FIN DEL VIAGE Á SUIZA.

ÍNDICE.

Esposicion.	1	Historia del perro.	476
Montereau.	2	Historia de la muger.	478
Juan sin Miedo.	id.	Un conocimiento de posada.	484
Napoleon.	7	Las gallinas de Mr. Chateaubriand.	488
Lion.	8	El Righi.	492
Una vuelta por el lago.	45	Alcides Jollivet.	497
Una pesca por la noche.	22	Poncio Pilato.	200
Las salinas de Bex.	26	Una palabra por otra.	205
El beefsteak de oso.	31	Historia de un inglés que tomó una palabra por otra.	205
El collado de Balma.	35	Zurich.	219
Jaime Balmat, llamado Monte Blanco.	38	Los mudos que hablan y los ciegos que leen.	224
El mar de hielo.	46	Próspero Lehmann.	226
Maria Coutet.	50	Una cacería de gamuzas.	231
Vuelta á Martigni.	53	Reichenau.	335
Los baños de Aix.	65	Paulina.	237
Aventicum.	85	Un rayo.	239
Cárlos el Temerario.	89	El por qué no he continuado aprendiendo el dibujo.	243
Friburgo.	93	Constanza.	245
Los osos de Berna.	99	Napoleon el grande y Cárlos el gordo.	247
Primera expedicion en el Oberland.—El lago de Thun.	406	Una ex-reina.	250
Segunda expedicion en el Oberland.—El valle de Lauterbrunnen.	410	Un paseo en el parque de Arenenberg.	252
Tercera expedicion en el Oberland.—Paso de la Vengenalp.	413	Continuacion y desenlace de la historia del inglés que habia tomado una palabra por otra.	255
El Faulhorn.	418	Koenigsfelden.	262
Rosenlawi.	422	La isla de San Pedro.	265
El monte Gemmi.	427	Un zorro y un leon.	267
Los baños de Louche.	433	Toma del castillo de Grandson.	274
Obergeslen.	436	La batalla.	275
El puente del Diablo.	442	Por qué no habrá jamás en España un buen gobierno.	278
Werner Stauffacher.	446	De qué modo fué San Eloy curado de la vanidad.	284
Conrado de Baumgarten.	450	Paulina.	285
Guillermo Tell.	455	Las islas Borromeas.	288
Guessler.	459	La última ascension.	290
El emperador Alberto.	464	Epilogo.	293
Paulina.	466		
Historia de un burro, de un hombre, de un perro y una muger.	469		
Historia del hombre.	473		